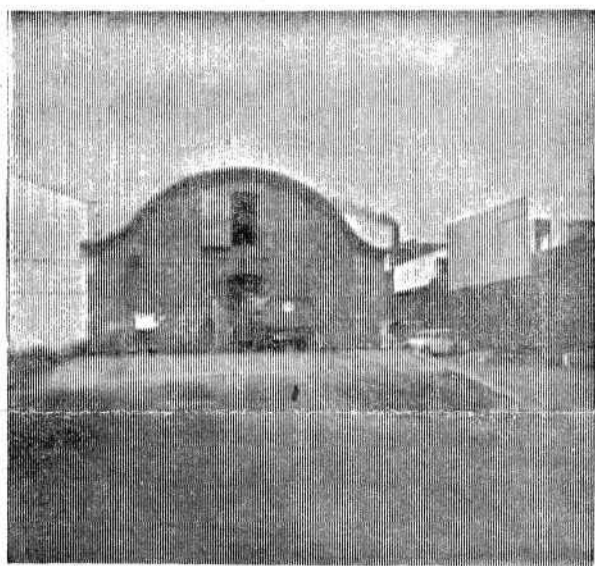


**PEQUEÑA**  
**CRÓNICA DE** *Por Juan Antonio*  
**SANTACRUZ** *Padrón Albornoz*

**JUNTO A LAS OLAS QUE  
 CANTAN Y GOLPEAN**



“La Pólvora”, el centenario polvorín que, reliquia del pasado, aun se alza en la playa de Regla

El sol torna a encender las calles y poner sombras azules en las viejas plazas de los no menos viejos laureles de Indias.

El mar, siempre sereno y claro en esta época, pierde su poderío mientras el pueblo antiguo—ese antiguo Santa Cruz que pronto será nuevo—tiene en sus grandes casas, centenarias y silenciosas casas, una opaca, doliente y suave claridad.

Camino paralelo al mar.

Calles—mejor, callejones—con aire marino.

Y allá lejos la ciudad se pierde en el campo inmenso de los edificios que el sol dora.

Música para el alma son los perfiles puros de las lejanas montañas, el cristal del agua rompiendo en los callaos, la resignada sencillez de la hierba... música de líneas, de formas y de colores, que hacía que a su son, quedo, tornara el alma.

El hormigón viejo de la ciudad vieja recorta sobre el ocaso dramático sus pardos pueblos de piedra, cal y yeso centenario. El ocaso, de par en par abierto, bulle y palpita en el suburbio sonoro. El viento limpio trae el bramido de la sirena del barco que, mar afuera—cansado de singladuras—demanda práctico para, luego, reposar en las aguas tranquilas y domesticadas del puerto.

El barco, lento y rápido a la vez, vence a la mar, pero no al cielo.

Lo azul queda atrás, abierto en plata viva, y está otra vez delante de la proa acerada y desafiadora.

Juegos de sombra y sol. Rojean las humildes tejas del suburbio que, bruscamente, se torna industrial.

Pero en la misma orilla del mar—allí donde el agua abre sus frescos abanicos de plata—la dulce, pequeña campana, entre humo y luz calla.

Una calma serena posa en la sencilla, maravillosa perspectiva mientras el silencio mismo que allí impera canta tranquilidad y a la tranquilidad bendice la soledad del lugar.

Vieja playa, sola y retraída.

Y sobre ella la musculosa desnudez de piedra negra del castillo de San Juan y, en la margen derecha, el no menos pétreo polvorín—“La pólvora” se le llamaba antaño—dedicado hoy a depósito y almacén prosaico.

El centenario fortín, cuya construcción se inició allá por 1625, no se concluyó hasta 1641 cuando—con motivo de la sublevación de Portugal—el entonces Comandante General del Archipiélago, don Luis Fernández de Córdoba, decidió completar el torreón de la Caleta de Negros.

Dos años más tarde quedó listo el nuevo fuerte que dejaba asomar—advertencia muda pero significativa—las nebras bocas de su artillería.

Fueron varias las reformas que en lento—y por paradoja rápido—curso de los años, sufrió la pequeña fortaleza. Una de las más importantes fue llevada a cabo en la época en que don Domingo Bernardi ejercía el cargo de Comandante General del Archipiélago.

Fue el primer alcalde del castillo de San Juan Bautista don Lope Fonte, «nombrado el día de San Andrés del propio año de 1643 en que se fabricó, y de cuyo cargo no tomó posesión hasta fines de diciembre del mismo año».

Sólo desde la playa cabe penetrar en toda la sublimidad de la vasta llanura de los cielos; sólo desde el paisaje marino adquieren su más acabada significación los simbólicos celajes; sólo el azul de la mar da su prelado sentir al rosa de las almas y al mismo azul de los espacios.

En el mismo camino de Regla, o del Calvario, se construyó en 1753 un edificio para depósito de pólvora. «Como para el uso a que se destinaba este edificio se necesitaba que fuese sólido, se fabricó con las condiciones necesarias para ello, sin atender a ninguna otra circunstancia, por lo que presenta un aspecto por demás sombrío e imponente».

Soledad absoluta.

Silencio humano en la tarde que muere.

Y el alma se va en su barco de paz a todos sus sueños. Y vive largamente, en una tarde, en las bellas tierras tan cercanas a todas sus atrevidas fantasías.

Amontonamiento de barrio viejo y pescador. Esta tierra—esta playa—ha hecho al hombre y, haciéndole, le ha ganado el corazón.

Calle caldeada por la humanidad y rojiza por el sol poniente Santa Cruz se envuelve en velo tenue de calina. Y hay sobre ella, proyectada sobre fondo de montañas, como un vidrio de ilusión.

La calma, que en invisible lluvia caía de los cielos y en insensible vapor subía de la tierra, era el ambiente íntimo del momento, calma hecha ámbito sustancial.

Las fachadas descendían a una misteriosa penumbra mientras, isla adentro, como un mar ideal e infinito, se abría una limpia y tensa diafanidad.

Solares.

Como quedaba en la ciudad...

Y el alma se va en su barco de paz a todos sus sueños. Y vive largamente, en una tarde, en las bellas tierras tan cercanas a todas sus atrevidas fantasías.

Amontonamiento de barrio viejo y pescador. Esta tierra—esta playa—ha hecho al hombre y, haciéndole, le ha ganado el corazón.

Calle caldeada por la humanidad y rojiza por el sol poniente Santa Cruz se envuelve en velo tenue de calina. Y hay sobre ella, proyectada sobre fondo de montañas, como un vidrio de ilusión.

La calma, que en invisible lluvia caía de los cielos y en insensible vapor subía de la tierra, era el ambiente íntimo del momento, calma hecha ámbito sustancial.

Las fachadas descendían a una misteriosa penumbra mientras, isla adentro, como un mar ideal e infinito, se abría una limpia y tensa diafanidad.

Solares.

Campo quedado en la ciudad que crece.

Hierba seca y soledad.

Y, al fondo, siempre al fondo, Santa Cruz relucía con los últimos ecos del sol que moría.

Un gallo alzó su clarín de plata.

Y, al caer la tarde, nos paramos un momento para ver cómo se acostaba el sol tras las montañas y, al tocarlas, se ensanchó—como abrazándolas—y dejó tras sí el dorado encendimiento del celaje sobre el cual, allá en la línea pura del fondo, resaltaban bosques lejanos sobre los hombros de la isla.

Y era en nosotros uno y lo mismo la tristeza del pasado y la esperanza del porvenir, como la luz del sol muerto y la sombra de la noche naciente, se hacían uno y lo mismo en la indecisa franja coloreada del crepúsculo.

Heraldo de la oscuridad naciente—la noche comenzaba a parir estrellas—la brisa de la mar fue a recoger las fatigas de la ciudad y a llevarle la buena nueva del descanso y la frescura de la noche.

Cantó una campana lejana. Y fue como una voz que, brotando de la planura de la playa, se elevaba al cielo limpio para, desde allí arriba, descender purificado en ecos que se apagaban derritiéndose poco a poco con la luz en el silencio solemne.

Allí, a la orilla misma del mar que vio sobre sus olas a las naves de los conquistadores, está el futuro de la ciudad.

Allí nació

Allí volverá, pujante, a alzarse como antaño.

Y entre los «skycrappers»—hierro, cemento y cristal reluciente a la conquista utópica del azul—se alzarán, como hoy lo hacen, las dos viejas, centenarias reliquias, mientras, como

(Pasa a la página siguiente)